

XXVIII.

SIR CONTRAVENENO.

A causa de ser tan frecuentemente provocada en materias religiosas, enfervorizábase Julia en el estudio de las controversias, devorando los buenos libros que comprara en Turín. A éstos consagraba las horas que hubiera podido dar al descanso, y todos los minutos que podía quitar á sus deberes, á fin de hallarse de continuo en disposición de combatir con las armas limpias y relucientes, para defender la verdad, consiguiendo que resplandeciera en la hospitalaria familia Needle. Como estaba su mente llena de abundantes conocimientos positivos, habiéndose ya ejercita-

do en las más elevadas especulaciones muchos años, gozaba extraordinariamente al tender el vuelo por las serenas regiones de los celestiales esplendores, llenándose de gozo al fijar su consideración en los siempre nuevos y cada vez más vastos horizontes, cuya inmensidad desconocen altamente los profanos. Triunfaba en su interior al recorrer, conducida por soberanos pensadores, la escala de las verdades reveladas, comenzando por la primera, es decir, la existencia de Dios, y concluyendo por las más menudas prácticas del Catolicismo, como el Rosario, el agua bendita y el escapulario de la Virgen. Descubría con la mayor claridad que cada una se apoyaba en luminosas demostraciones, sirviéndose mutuamente de fundamento, iluminándose con sus rayos recíprocos, y brillando todas, desde la cumbre hasta el extremo último, con incomparables bellezas lógicas, morales y *estéticas* de todas clases.

Sucedía, en su virtud, alguna vez que á solas exaltábase como si conversara con el joven ó con mistress Needle, proponiéndoles sus razones en favor de las creencias católicas, combatiendo las prevenciones sistemáticas de los anglicanos, y estrechando á sus contrincantes con sus raciocinios

nervosos, que desvanecían sus objeciones. Adiestrábase al mismo tiempo en templar idealmente sus fórmulas y sus frases, á fin de no herir la delicadeza de los referidos. — ¡Pobres ciegos, exclamaba: ciegos y orgullosos; nutridos con el odio á la Iglesia romana; desconñados de todo lo que no es inglés; crueles por añadidura, por la soberbia de poseer únicamente las divinas Escrituras, como si nadie las entendiera como ellos; y jactanciosos hasta el punto de atribuirse la infalibilidad que niegan al Vicario de Jesucristo, á los Concilios, á la Iglesia . . . ! Os haré tocar con la mano que . . . ¡Mas yo deliro! Despacio, paz, quietud, oración, silencio.—

Tal era la conclusión práctica de los estudios ardentísimos de Julia. Comprendía que con dos ó tres batallas semejantes á la última sobre la devoción á la Virgen, envenenaría sus relaciones amigables con la señora Needle, alejando, en su virtud, la esperanza de convertirla. Tenía, pues, precisión de no dejarse arrastrar fácilmente á las controversias, aunque con ahínco las deseara. Por ello, más que nunca, dióse á la obra del album artístico, fundado para que sus alumnas estudiaran y para que los demás se distrajesen. Se hablaba sin cesar

de cuadros, esculturas, monumentos é historia natural, y florecía nuevamente la conversación de las puerilidades inocentes con las pequeñas; inventaba juegos, proponía cuestiones de literatura é historia, hablaba de política ó de las novedades corrientes; conseguía, sobre todo, que se alegrase y conmoviese de placer la familia, tocando el piano sola ó con otras señoritas.

No le faltaba tampoco la compañía de los aficionados á la música. Para no pocas buenas mamás inglesas y americanas que invernaban en Florencia, era muy alegre y deleitoso el salón de la señora Needle, por lo cual volvían á él frecuentemente con sus hijas, como si fuera un dulce nido de veladas familiares. Allí Julia naturalmente resplandecía con todo el esplendor de sus gracias naturales y de su educación, llenándose mistress Needle de gozo. Parecíale, y no sin motivo, á la experta señora, que comenzando á introducir en las reuniones distinguidas á sus pequeñas, bajo las alas de tan excelente profesora, se conseguía grandemente acreditar de madre sabia, y circundaba también á sus hijas con la aureola de una exquisita educación.

Tanto más complacían á mistress Needle

los triunfos de su amiga, cuanto notaba que, después de la disputa sobre la Virgen, hacía todo lo posible para no empeñar combate, al que con frecuencia la compeñía John. No acababa la celosa pietista de persuadirse de que su amado primogénito conservaba todo su rigor puritano, haciendo recaer la culpa, no sobre la joven, sino sobre él mismo, que con su manía reciente no cesaba de picotear á la joven sobre su religión. Si bien se mostraba tan buena como Julia, no concluía de inquirir ansiosamente los medios de contrastar su influencia en asuntos religiosos.

Con tal intento, se fijó en una persona que le parecía completamente á propósito para que la ayudase. Era un viejo encanecido, de maneras distinguidas é inglés de *pura sangre*, que se había refugiado en Florencia para prolongar sus años enfermizos, merced á un aire puro y clemente. Los amigos habíanle presentado á la señora Needleno bien llegó á Florencia; había contribuido más que los otros á que desistiese de su idea de sustituir la fonda de la ciudad con una quinta del campo. Enemiga la dama de placeres ruidosos, conformábase con los apacibles de la familia y con las relaciones amistosas, cosiderándose feliz por aque-

llos y por estas. La amistad de sir Roberto Smith (así se llamaba el anciano) tenía sobre todos un precio inestimable para la señora. Como conocía el buen viejo minuciosamente todas las historias, todas las bagatelas y todos los detalles de las comuniones protestantes, hablaba con gusto de ellas frecuentemente, prefiriendo, por de contado, la Alta Iglesia, de la cual era defensor. No hay que decir si la Needle haría en ello hincapie, colmándole de atenciones, á fin de atraerlo á su casa y excitarlo á sus conversaciones favoritas, sobre todo delante de su John, de su Clara y de su Clemencia; en su interior sólo le llama *Sir Contraveneno*.

Además de cuya ventaja, suprema y ansiadísima, otra no despreciable conseguía por Smith: la de que hallándose presente, no había peligro de fastidiarse. Era hombre que hablaba siempre solo, un cuarto de hora, ó media, sin permitir que los demás dijese la menor cosa; entre tanto, pasaba en revista las nuevas de su país y de de América, con tan sabrosas chanzas, que todos pendían voluntariamente de sus labios. Otras veces entraba del mismo modo en las reminiscencias de sus viajes (había recorrido medio mundo), en las aven-

turas de su juventud, en los hechos y proezas de los hombres ilustres con los cuales había tenido familiaridad. Entonces parecía olvidarse de sus años, que frisaban entre los setenta y los ochenta; se coloraba su rostro, saliendo las palabras tan abundantes, tan cultas, tan dignas de un caballero, que al oírlo creían asistir los presentes, no á una tertulia de pasatiempo, sino á una sesión académica. La Needle lo proponía á John por modelo, esforzándose para que ambos cambiaran recíprocamente sus conversaciones.

Sólo que sir Roberto Smith, en ciertas fases de la luna, padecía un esplín sumo, tétrico, impenetrable. No viéndolo comparecer mistress Needle, iba en su busca, disponiendo que su hijo fuese con ella. Encontrábale ahondado en su sillón oscilante, sepultado entre almohadas, sin periódicos, ni libros, ni papeles á su alrededor, pero con una voluminosa Biblia sobre una mesa, cerrada con broches de plata. Tenía los ojos fijos en el fuego de la chimenea, de la cual se apartaba sólo un momento, á fin de saludar á la visitadora con una leve inclinación de cabeza, é indicarla que se sentase á su lado.

—¡Oh! ¿Qué linda cosa meditaís? pre-

gnntábale mistress Needle, al estrechar su mano.

— La muerte, respondía Smith.

—Dejad las tristezas; quien está sano es joven.

—Aunque estuviese bueno, que no lo estoy, dice Platón que toda su vida piensa el sabio en la muerte.—

La pobre Needle, en parte por lástima, y en parte por educación, procuraba iniciar alguna plática indiferente, agradable ó espiritual. Tiempo perdido: su interlocutor era una estatua de mármol. ¿Hacía señal de retirarse, después de muchas tentativas inútiles y de mucho silencio, mezclado con muy pocas palabras? El viejo estrechaba grandemente sus manos, suplicándola con su actitud y con sus ojos que permaneciese más tiempo con él. Era preciso contentarle.—¡Qué hombre tan misterioso! (decía luego en su interior, cuando al fin lograba que la dejase marchar.) Tiene un corazón de oro: nuestro ministro me asegura que nunca recurre á él vanamente, cuando se trata de socorrer á los pobres británicos; él mismo me dice que da indiferentemente al párroco católico y al pastor protestante. ¡Y luego se llena de melancolía con el pensamiento de la

muerte! ¡Quién lo creyera....! Es capaz de irme á visitar mañana y de meter más ruido y más estruendo que nunca con una comedia de chácharas. Descifrad el enigma.—

Y era exacto. Sir Roberto iba al día siguiente por la noche á casa de la Needle, después de la función religiosa; aunque se había hecho sostener por su criado y por su bastón para subir la escalera de la fonda de Nueva York, al entrar no desatendía ciertamente á nadie, y estrechaba la mano de todos los que veía: á mistress Needle, á John y á Julia, dando encarecidamente las gracias á los que lo habían visitado. No acababa de hacer fiestas á las niñas.— Hoy, ¿á dónde habeis ido, hermosas?

—A la iglesia, contestaban.

Y Smith, marchando prontamente por el camino abierto, decía á la madre.—¿Os habeis distraído al oír á nuestro pastor?

—Decidme primeramente qué paso de su sermón os gustó más.

—Contestaré casi con aquel crítico nuestro, respondía Smith, que me gustó principalmente su paso del púlpito á la sacristía.

—¡Oh! Cada cual tiene sus gustos.

Smith:—A decir verdad, me gusta oír á

nuestros ministros en la conversación, tratándose de personas cultas; pero en el servicio del templo me propocionan un placer semejante al que proporciona el humo á los ojos.

—¡Oh! ¿Por que? preguntó escandalizada la Needle.

—Porque al predicar no dicen nunca nada que llegue hasta nosotros. Siempre vuelan por las cimas de los campanarios, temiendo contrariar las diversas confesiones corrientes. Hallo en ello mucho de pálido, de exánime, de limón exprimido. ¿Digo bien?

—Cada cual tiene sus gustos, repitió la Needle, que por una parte vislumbraba la verdad de la observación, y por otra temía ofender á la Alta Iglesia.

—Cuando pienso que esta clase de hombres nos han de asistir en el lecho de la muerte, sufro anticipadamente los espantos de la agonía. En batalla fuí herido dos veces en las Indias, y llevado á la enfermería ambulante. Tuve á mi alrededor ¡cosa rara! ministros de diversas confesiones. ¡Qué gente tan poco á propósito! Uno me asaltó, exclamando:—“Amigo, haora es el tiempo de recibir al Espíritu

Santo y de convertiros, por que dentro de poco morireis." Otro quiso que se arrancaran las cortinas del lecho, asegurando que mi alma combatía con los espíritus infernales. Después un tercero sentóse alegremente á la cabecera, y de repente dió un salto hasta Ezequiel, diciéndome:—"¿Os acordais de los hermosos tiempos de la juventud, cuando hacíamos de las Escrituras nuestras delicias? ¡El capítulo décimo de Ezequiel!" Y entróme luego en un embrollo de querubines, de carros y de ríos Chobar (1). ¡Figuraos! Yo repeto la Biblia tanto como la puede respetar cualquiera fiel protestante; pero en la juventud en otras cosas había de ocuparme, y no en aprender de memoria el capítulo décimo de Ezequiel precisamente.

—¿En dónde hicisteis vuestros estudios? le preguntó la señora.

—Un poco en cada parte: la última del curso la voy siguiendo ahora en Florencia, esperando mi fin. Sobre todo, en materia de religión nunca tengo bastante, y nada me parece demasiado (la señora llenóse de gozo); mas si estudié yo en algún lugar de

[1] Los tres casos son rigurosamente históricos.

veras el mundo, fué sin duda en Ginebra, donde me convertí casi en un misionero.

—¡Oh! contadnos, dijo la Needle llena de curiosidad, contadnos las conversiones que conseguisteis. Echó luego á John una mirada, que decia:—"¡Escucha"